ria!... ¡el azote de la humanidad, que lleva consigo la peste, la guerra y el hambre, el oprobio y la desolación! ¡Qué, ilustre Antioco! ¿quereis abandonar á vuestra esposa, reina augusta llena de virtudes, y á vuestros pobres hijos? ¡Qué! ¿tendríais acaso el alma tan dura y perversa para precipitar en los profundos abismos de la desolación á este pueblo que os adora, á estas mozas casaderas, á estos hombres juiciosos, á estos niños de teta y á estos ancianos de cabellos blancos como la nieve que cubre al monte Ida y de quien soy hasta cierto punto el padre? Vos oís sus gritos de dolor, veis sus lágrimas, sus....»

No pudo continuar, porque la muchedumbre en masa y de un solo golpe se puso á gritar y lamentarse á moco tendido. Las mujeres lloraban, los hombres suspiraban, los niños chillaban y la casa del buen doctor parecía un valle de lágrimas. En este momento Juan Claudio se levantó sobre las puntas de los piés y paseó su descomunal nariz de derecha á izquierda para convencerse de que todos cumplían con su deber. Percibiose que el pequeñuelo Jaime Purrus, niño incorregible, acababa de encaramarse á la escalera del corral y tenía agarrado por el rabo al gatito gris de Marta, lo cual hacia lanzar al pobre felino lastimeros y desgarradores maullidos.

Hízole el dómine un signo con el dedo y el rapaz soltó el gato, que, como es natural, y después de un fuuu... infernal, calló y se largó.

Satisfecho Wachtmann de su primer triunfo, imaginábase haber llegado más allá de la inmortalidad.

El semblante de Frantz Matheus reflejaba la consternación que aquello le producía; si embargo, cuando oyó hablar á Cineas con el gran Antioco, no pudo contenerse y se sonrió burlona y sarcásticamente; dió un paso más, y la cabeza de Bruno se encontró fuera de aquel círculo de cabezas humanas.

Juan Claudio levantó la mano y todos callaron como movidos por secreto resorte.

—Ilustre doctor Matheus, prosiguió el dómine, de la misma manera que los habitantes de Babilonia quisieron...

Pero en este momento Frantz Matheus, sin aguardar el final, hunde sus espuelas en los ijares de Bruno, que sale disparado como un cohete saltando zanjas, atravesando huertos y sembrados, arrollándolo todo y echando á rodar las gavillas de éste, los sacos de aquél, y, en una palabra, cuanto se oponía á su veloz carrera: aquello era un huracán.

Los gritos del pueblo le seguían; pero Matheus ni siquiera se dignaba volver la cabeza. Pocos minutos después atravesaba el prado comunal.

Juan Claudio se quedó patitieso, y con su cara larga y escuálida parecía un cirio de maitines.

No he concluido; no he leído todavía el pasage de Nabucodonosor cuando se transforma por su vanidad y por su orgullo en buey con plumas de águila. Escuchad, escuchad, Jaime Hubet, Cristian...

Pero nadie le prestaba atención; el pueblo en masa seguía con la mirada al ilustre doctor; se hablaba, se comentaba, se silbaba; los perros ladraban, nadie se entendía, parecía que amenazase el *fin del mundo*

A poco pudo ya observarse al doctor salvar á galope el Falberg después de haber vadeado el Zinsel: veíasele agarrado al cuello de Bruno, y los faldones de su gran capote flotando en el aire; tal era su vertiginoso galopar.

—Por fin, desapareció en el bosque, y los hombres y mujeres del pueblo quedáronse mirándose unos á otros sin que atinaran á explicarse lo que sentian ni lo que les pasaba.

Juan Claudio quiso reanudar su perorata; pero el auditorio todo le volvió la espalda.

—¿De qué ha servido tu discurso, si hemos perdido al doctor? ¡Ah! á sospecharlo hubiéramos agarrado de la brida al caballo.

Y ved cómo el ilustre filósofo, gracias á su heróica resolución y presencia de ánimo, y más que todo á la vigorosa musculatura y buenos remos de Bruno, pudo al fin conquistar su independencia.

IV.

Grande fué la alegría de Frantz Matheus cuando se vió libre de Juan Claudio y de toda aquella buena gente. Los gritos lejanos de la aldea expiraron en su oído, y pronto sucedió á la gritería el más profundo y misterioso silencio.

Entonces Matheus, dando gracias al Dios de todas las cosas, soltó la brida de su jaco y subió pausadamente la cuesta de Saverna.

El sol en tanto hallábase á considerable altura sobre el meridiano, y á pesar de que sus rayos caían á plomo sobre la nuca del doctor, á pesar de que el sudor, traspasando los forros de su casacón, se desparraba por su espalda, y á pesar de que Bruno se paraba de cuando en cuando á ramonear la yerba que crecía en los linderos del camino; á pesar de todo esto, el ilustre filósofo no sentía ni percibía nada. Ya creía verse en el teatro de sus triunfos, yendo de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, confundiendo á los sofistas y sembrando los fecundantes gérmenes de su ántropo-zoología.

Yendo, pues, caminando nuestro doctor, iba hablando consigo mismo y diciendo: Tú estás verdaderamente predestinado; á tí sólo estaba reservada la gloria de labrar la felicidad del género humano y esparcir la eterna y vivificadora luz. Mira esos vastísimos y dilatados países, esas inmensas ciudades, esas aldeas, esas chozas; todos esperan tu llegada. Por todas partes se deja sentir la necesidad de una doctrina nueva fundada en los tres reinos de la naturaleza; por todas partes gime y yace la humanidad en la duda y la incertidumbre. Frantz, Frantz, sin vanidad te lo digo, pero tambien sin falsa modestia: el Ser de los seres tiene fijos los ojos en tí... Anda, vé, y tu nombre, como los de Pitágoras, Moisés, Mahoma, Confucio y otros legisladores, resonará de eco en eco hasta la consumación de los siglos.

El ilustre filósofo razonaba así con toda la sinceridad de su alma, á tiempo que descendía la cuesta de Falberg á la sombra de los pinos. De pronto llegaron á sus oídos rumores como de risas y algazara, y el sonido chillón y espeluz-

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00006AC300000000